

CUANDO LA HISTORIA ESTÁ PRESENTE: ARGUMENTOS A FAVOR DE LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA

ZIRA BOX
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
MARTA LATORRE CATALÁN
UNIVERSIDAD DE MURCIA
HÉCTOR ROMERO RAMOS
UNED

Recibido: 17-1-19; aceptado: 2-3-19

RESUMEN

LA SOCIOLOGÍA Y LA HISTORIA HAN MANTENIDO UNA RELACIÓN DISCONTINUA Y UNA DISCUSIÓN PERMANENTE. LA SOCIOLOGÍA CLÁSICA ES INDISCUTIBLEMENTE HISTÓRICA PERO, TRAS LOS PRIMEROS INTENTOS DE SÍNTESIS, EL DIÁLOGO ENTRE AMBAS DISCIPLINAS SE APAGÓ Y, CON FRECUENCIA, HA HABIDO QUE DEFENDER LA NECESIDAD DE LA MIRADA HISTÓRICA EN SOCIOLOGÍA DESDE LOS MÁRGENES DE LOS SUCEIVOS PARADIGMAS DOMINANTES. A PESAR DE ELLO, COMO ESPECIALIDAD O SUBDISCIPLINA, LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA HA CONSOLIDADO UN ESPACIO ACADÉMICO PROPIO Y UN CUERPO TEÓRICO, METODOLÓGICO Y CONCEPTUAL SUSTANTIVO. EN ESPAÑA, SIN EMBARGO, ESE PROCESO DE INSTITUCIONALIZACIÓN NO SE HA PRODUCIDO AÚN. EN ESTE ARTÍCULO EXPONEMOS UNA SERIE DE ARGUMENTOS EN DEFENSA DE LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA, TANTO DE ORDEN TEÓRICO COMO POR LA VIGENCIA DE SU AGENDA CIENTÍFICA.

PALABRAS CLAVE

SOCIOLOGÍA HISTÓRICA, TIEMPO SOCIAL, MÉTODO COMPARADO, NARRACIÓN,
LARGA DURACIÓN

INTRODUCCIÓN

Reflexionar sobre la sociología histórica implica, casi de forma indefectible, comenzar constatando dos cuestiones. Por un lado, que la disciplina tiene un origen inequívocamente histórico –sus autores clásicos, Marx, Weber, Elias o Simmel, por poner solo

algunos de los ejemplos más notables que abarcan diferentes momentos de la teoría sociológica, fueron destacados sociólogos históricos–; por otro, que, a pesar de esta naturaleza fundacional, la sociología y la historia no siempre han caminado de la mano: más bien al contrario, la relación entre una y otra ha estado marcada por las dificultades, los rechazos

mutuos y, por momentos, la falta de encuentro entre ambas.

Así lo recordaba de nuevo en un texto relativamente reciente Ramón Ramos (2016) cuando aludía al título de un artículo publicado en 1980 por David Zaret: “el eclipse de la historia en la moderna teoría social”. Con ello se refería al progresivo distanciamiento y arrinconamiento de la perspectiva histórica por parte de lxs sociológxs¹, así como al simultáneo descubrimiento de otras ciencias sociales que, como la antropología, habían protagonizado, desde los años 60, el diálogo transdisciplinar dentro del denominado giro culturalista de la historiografía (Hobsbawm 1998: 187; Burke 2010: 47 y ss.).

La razón principal de este eclipse se debía, en opinión de Ramón Ramos, a la incesante necesidad de la sociología de institucionalizarse como disciplina autónoma a partir de la II Guerra Mundial cuando, en lugar de preguntarse por el origen de los acontecimientos, se había pasado a un interés por la prognosis y la posibilidad de predecir tendencias y acontecimientos futuros como objetivo específico de la ciencia social. Desde entonces, el diagnóstico sobre los puntos de fricción ha sido recurrente. En primer lugar, se ha aducido de forma habitual la naturaleza analítica de la sociología frente a la considerada como una incompatible vocación narrativa de la historiografía, una insistencia continuamente reactualizada de la mano de los sucesivos triunfos de las visiones más positivistas y defensoras del rigor metodológico dentro de la sociología (Steinmetz 2007: 6). En segundo lugar, se ha aludido a la temporalidad del objeto de estudio como endémica distancia entre ambas disciplinas, considerando que el presente —aquello que Norbert Elias (1987) denunció como la limitante retirada de la sociología hacia el tiempo presente— sería el marco dentro del cual trabaja el sociológx frente a un pasado más o menos lejano propio del historiadxr. En un segundo tipo de alusiones a la temporalidad como diferencia entre una y otra, las discrepancias se han subrayado no tanto con respecto a la cronología como en lo

relativo a la narración: en tanto disciplina analítica con intención de encontrar modelos explicativos de amplio alcance, el tiempo no sería relevante para la sociología, que mostraría —a diferencia de la historia— un claro afán universalizante (Ramos 1995). Por último, un tercer motivo de alejamiento se alega de acuerdo con la diversidad metodológica, porque si la sociología no puede ser sino comparada, la historia, salvo excepciones, se centraría en la singularización de casos y en el detallado estudio de concreciones históricas.

Las incompatibilidades señaladas llevaron al mismo Ramón Ramos (1993) a hablar de la paradoja constitutiva de la sociología histórica. En tanto intento de síntesis entre disciplinas, como se ha visto, no siempre sencillas de compatibilizar, esta se veía impelida a integrar elementos que, como el análisis, la narración o la comparación, no eran fáciles de aunarse. De hecho, el resultado habitual era o bien caer en la “crítica de la ausencia” —trabajos insatisfactorios por no tener ni suficiente teoría, ni suficientes datos históricos, ni suficiente contrastación empírica— o bien hacerlo en la “crítica del sacrificio desmedido” —investigaciones en las que, precisamente para no perder un poco de todo, se optaría por intensificar algún vértice del triángulo sacrificando, a cambio, otro de ellos—.

La mencionada argumentación se publicaba en la *REIS* en 1993, unos años en los que, a un lado y otro de la frontera disciplinar, proliferaban los apuntes sobre las dificultades de ensamblar las ciencias sociales con la historia. Desde las primeras, Antonio Ariño (1995) enumeraba, apenas dos años después, los escollos que desembocaban en el “estatuto problemático” de la sociología histórica, una perspectiva que, ni siquiera, contaba con una denominación clara —¿subcampo de la sociología? ¿programa? ¿disciplina? ¿técnica? . . .— Por su parte, desde la historia, Julián Casanova (1996) resaltaba la sospecha con la que determinados historiadores miraban a la sociología en función de su interés por los conceptos y las fuentes secundarias, tan

¹ El presente texto se ha redactado teniendo en cuenta criterios de lenguaje no sexista. El uso de la x adquiere aquí un carácter experimental, en el intento de superar el salto semántico que se deriva de nuestra gramática.

distintas del minucioso trabajo de archivo propio de la historiografía. El mismo Casanova aludía a una “encuentro sin fusión” entre ambas disciplinas a la par que recuperaba la expresión de Theda Skocpol (1987: 21): la sociología y la historia eran “trenes que pasan por la noche en direcciones opuestas”.

Con todo, en los tres textos aludidos había, también, soluciones tentativas para un diálogo sentido como enriquecedor y casi *natural*. En el caso de Ramón Ramos, un posible recurso podía ser asumir la intrínseca pluralidad de la sociología histórica y una caleidoscópica combinación de los tres elementos antes señalados —análisis, narración y comparación— con una desigual priorización de cada uno de ellos. Consecuentemente, se podría constatar la existencia de una sociología histórica más analítica, otra más narrativa y una tercera más comparativa. Simultáneamente, la síntesis que proponía Antonio Ariño era asumir la temporalidad como rasgo constitutivo de la realidad social y considerar tanto a la sociología histórica como al giro histórico de las ciencias sociales una oportunidad para profundizar y llevar a cabo una mayor reflexividad social. Finalmente, Julián Casanova corroboraba evidentes puntos de interés común —el diálogo entre los actores y las estructuras, o la relación del pasado con el presente— que, desde las particulares idiosincrasias, podían augurar futuras confluencias.

En cualquier caso, el contexto actual es muy distinto al de los años 90. Ni la historiografía puede seguir considerándose como mera narración, ni la sociología es solo análisis, porque si bien es claro que la primera ha introducido la reflexión y búsqueda de modelos explicativos para dar cuenta de realidades bien distintas desde una apuesta inequívocamente analítica —las reflexiones sobre el concepto de guerra civil o de fascismo genérico podrían servir de ejemplos—², la sociología ha caído, por momentos, en una hiperconcreción en la que la pulcritud

metodológica se ha impuesto a unos resultados tan descriptivos que su traslación a otras realidades o contextos resulta difícil. Relacionado con lo anterior, el reciente boom de la historia transnacional o la historia global³ habla de un creciente afán comparativo dentro de una historiografía que, por otro lado, nunca fue ajena —más bien al contrario— a comparar y a establecer modelos como guía para una mejor comprensión de la realidad estudiada.

Una y otra, por tanto, han evolucionado y, con ellas, la posibilidad de pensar en una sociología histórica que siga siendo plural, amplia y elástica en un progresivo panorama académico en el que la transdisciplinariedad comienza a diluir unas fronteras cuyo mantenimiento es cada vez más difícil e injustificable de defender. En todo caso, con lo anterior no pretendemos reactivar el viejo debate sobre si la sociología y la historia son esencialmente lo mismo (Giddens 1979: 8; Abrams 1982: 17) o si, como contestaba Goldthorpe (1991) con cierto escándalo, estas son plenamente diferentes. Nuestra intención, forzosamente modesta y reducida, es trasladar el foco de atención a otro punto: asumir que sociología e historia no son —ni tienen que ser— lo mismo para argüir, a continuación, que el diálogo entre las dos, sus cruces y mutuas aportaciones no solo pueden resultar beneficiosos para ambas, sino que, además, son irrenunciables. Lo anterior lo desarrollaremos a través de dos argumentos. En primer lugar, reivindicando que no es posible comprender un acontecimiento o una realidad específica sin una perspectiva amplia, tanto desde el punto de vista espacial como temporal, de la misma manera que el utillaje sociológico —sus preguntas, sus conceptos o sus sensibilidades— puede servir para aportar nuevas luces a contextos prioritariamente estudiados por el o la historiadora⁴. En segundo lugar, corroborando que una de las ventajas de la sociología histórica, en función de su propio desa-

² Sobre lo primero, pueden verse los trabajos de Kalyvas (2010), Kissane (2016) o Rodrigo, Alegre y Alonso (2017). Sobre lo segundo, Eatwell (2015).

³ Por ejemplo, Martykánová y Peyrou (2014).

⁴ Así ha ocurrido con los trabajos de Eduardo Romanos sobre el anarquismo español, con los de Juan Pecourt sobre la Transición, con los de Marta Latorre sobre la emigración en el segundo franquismo o los de Zira Box sobre la nación española del primer franquismo.

rollo teórico y epistemológico, es conectar el foco analítico con algunos de los intereses sociológicos más clásicos, unos intereses que, como la nación, la revolución o la clase, se resisten a desaparecer impeliéndonos a interrogarnos acerca de dónde venimos y hacia dónde vamos.

En este artículo sugerimos que dónde acaba la sociología y dónde empieza la historia, o viceversa, no puede establecerse —o no siempre— en función del método utilizado, de las estrategias textuales empleadas —recurriendo a la expresión de Ramón Ramos (1993)— o de los objetos de estudios y sus temporalidades implicadas. En el momento en el que aceptamos que la historia puede interesarse por elaborar modelos de cierta vocación atemporal, o que la sociología puede ser localista y descriptiva; en el momento en el que admitimos que la imaginación sociológica nos lleva a reconstruir y a narrar y que esta también puede ser profundamente hermenéutica e interpretativa, la escuadra y el cartabón que trazan líneas de demarcación empiezan a resultar menos útiles. Tal vez, entonces, sea provechoso concluir con aparente —solo aparente— simpleza que la sociología es lo que hacen lxs sociólogxs, tal y como inauguraba hace décadas Carlos Moya (1970) su *Sociólogos y Sociología*, y que la historia es lo que hacen lxs historadorxs. Dicho de otra manera: sociología es donde hay preguntas, sensibilidades y mirada sociológica e historia es donde hay interrogantes, intereses y vocación historiográfica, sin obviar, en ninguno de estos casos, que tanto una como otra son, ellas también, notablemente plurales. Desde este punto de vista, en el estudio del pasado, en el interés por el cambio social, en el método comparado o en la reconstrucción narrativa, por poner unos cuantos ejemplos considerados, tradicionalmente, pertenecientes a una y a otra disciplina, la sociología y la historia pueden encontrarse. En este sentido, coincidir en algunos puntos de llegada no significa tener que asumir que el camino sea el mismo. Así, la sociología histórica —con sus necesarios diálogos con la historia— no es menos sociología, del mismo modo que la historia política, social o cultural no es menos historia por encontrar en las ciencias sociales modelos, conceptos e, incluso, interrogantes. Ambos

campos tienen los límites y los alcances de sus propias disciplinas sumado a lo que no puede sino enriquecer: la capacidad de flexibilizarse, dialogar y abrir nuevos horizontes en un mundo complejo y necesitado de una eminente transdisciplinariedad.

LA SOCIOLOGÍA COMO INHERENTEMENTE HISTÓRICA Y LA HISTORIA COMO INHERENTEMENTE SOCIOLÓGICA

En el epílogo del *Handbook of Historical Sociology*, publicado en 2003, Craig Calhoun, autor él mismo de importantes trabajos de sociología histórica, daba tres respuestas a la sintética pregunta de “por qué la Sociología Histórica”. La primera, apuntaba Calhoun, era tan obvia que casi causaba sonrojo tener que recordarla: el diálogo entre las perspectivas histórica y sociológica permitía incidir en el estudio del cambio social, un interés inseparable, desde su misma fundación, de la sociología. En este sentido, ni lxs sociólogxs podían aislar el presente, ni lxs historadorxs podían hacerlo con acontecimientos del pasado, porque todos los sucesos adquirirían nuevas luces y matices al ser situados en el curso de amplios procesos temporales.

Íntimamente ligada a esta respuesta estaba la segunda. Al tener en cuenta la perspectiva histórica, resultaba más fácil evidenciar la contingencia —y no la necesidad— de todos los fenómenos, pudiéndose plantear, consecuentemente, alternativas y transformaciones del mundo social. De este modo, la mirada histórica apuntalaba, de nuevo, una característica intrínseca a la sociología: su innegable dimensión crítica y su capacidad para desnaturalizar aquello previamente *naturalizado*. Finalmente, un tercer motivo por el que la perspectiva histórica resultaba útil a la sociología se hallaba en la importancia de repensar las categorías y, por tanto, la producción de conocimiento: todos los conceptos —la *nación* o la *clase* serían especialmente elocuentes a este respecto— habrían de ser contextualizados en sus tiempos históricos de producción y aplicación para no distorsionar su potencial analítico.

Algunas de las cuestiones planteadas por Calhoun contaban con reseñables reivindicaciones previas. Así ocurría con la defensa de la historia

que Charles Wright Mills había escrito en su clásico *La imaginación sociológica*. En tanto disciplina interesada en la explicación y estudio del mundo y la realidad social, la sociología estaba abocada, según Mills, a dialogar con la historia porque, a no ser que se supusiera una teoría transhistórica de la sociedad o que se pensase al hombre en sociedad como una entidad no histórica, no podía suponerse que ninguna ciencia social pudiera trascender a esta disciplina (p. 160). Es más, continuaba el conocido sociólogo, la sociología podía incluso concebirse como una “historia del tiempo presente”, porque sin una visión extensa de las transformaciones acaecidas, no sería posible comprender el mundo social en toda su complejidad. Simultáneamente, el alejamiento de la historia haría imposible “comprender con precisión la mayor parte de los rasgos contemporáneos de esta sociedad única, que es una estructura histórica que no podemos esperar entender a menos que nos guiemos por el principio sociológico de la especificidad histórica” (p. 170).

Como se ve, el énfasis se ponía en la dimensión *generadora* y en la importancia del ingrediente historicista para todo análisis social. Sin embargo, junto a los argumentos expuestos, podría plantearse una segunda posibilidad analítica derivada del diálogo transdisciplinar: poder enraizar y fundamentar en el terreno los modelos y conceptos teóricos desarrollados por las ciencias sociales.

Lo argumentaba con claridad Joseph Bryant (1994) en un texto que, desde *The British Journal of Sociology*, se publicaba como respuesta al anteriormente citado artículo de John Goldthorpe, un escrito polémico, este último, en el que el sociólogo británico había puesto en duda que la historia pudiera acarrear algún tipo de ventaja para la sociología. Frente a la mencionada opinión, Bryant argumentaba que la sociología histórica, resultada del diálogo entre las dos disciplinas, contaba con la ventaja de estar basada y anclada en la realidad (*grounded science* era la expresión que utilizaba), teniendo como objetivo comprender las propiedades distintivas de su objeto de estudio: la agencia hu-

mana a partir de las mediaciones impuestas por los marcos contextuales derivadas del tiempo histórico y del contexto cultural. Diez años antes, Charles Tilly (1995: 29), en la monografía que constituye una de las obras de referencia de la sociología histórica, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, había insistido en la importancia de la temporalidad: el *cuándo* ocurre las cosas afecta al *cómo*, necesitando, en este sentido, análisis que también sean concretos y circunscritos a un contexto específico⁵.

Lo anterior nos permite subrayar, ciertamente, una cuestión sobre la que queremos incidir en este artículo: la importancia de prestar atención a los contextos históricos. Ya no se trataría, como en el primer argumento esbozado por Calhoun, de entender el presente desde la larga secuencia temporal que lo ha generado, sino de pensar a la sociología como una disciplina lo suficientemente elástica y rica como para poder trasladar sus interrogantes —por ejemplo, los procesos de construcción de sentido—, sus herramientas —como podría ser, entre otras, el interés por la agencia humana— y sus conceptos —la cultura política, el género o la clase, por nombrar algunos de ellos— a contextos temporales diferentes del presente. El resultado, entonces, es doble. En primer lugar, la posibilidad de arrojar nueva y complementaria luz desde la sociología, como se decía al inicio, sobre objetos de estudio analizados de forma prioritaria por los historiadores, estableciendo un diálogo mutuo y profundizando en una mejor comprensión de los mismos. Sería una pena que, por incomparecencia, la sociología desatendiese contextos tan esenciales como, por ejemplo, la Europa de entreguerras —ahora que asistimos a un indudable resurgir identitario—, la Norteamérica de los últimos dos siglos —una vez sucedida la victoria de Trump— o los procesos de colonización y descolonización en una actualidad que sigue mostrando las complejidades que asolan a buena parte del planeta.

En segundo lugar, atender a los contextos concretos y a sus especificidades no solo nos permite conocerlos mejor, sino que puede proporcionar a la

⁵ Un análisis sobre la importancia del tiempo, en Sztompka (1995: cap.3).

sociología la posibilidad de refinar modelos y conceptos gracias al contraste con la realidad empírica de los datos históricos, llegando, incluso, a crear otros nuevos que definen mejor el mundo social. En este sentido, la sociología histórica puede ser una vía para repensar y perfeccionar la conformación de categorías analíticas en tanto tarea clave de toda ciencia social. A modo de ejemplo de esto último se puede aludir a los trabajos que han permitido que, superada la abstracción de catalogar a un conjunto variado de regímenes políticos como fascistas, se hayan creado categorías como la de fascistizado o para-fascista para dar cuenta de una realidad política y social más compleja de lo que una única calificación podía abarcar, o que la historia de las mujeres haya permitido catalogar una capacidad de agencia amplia y variada que nos está permitiendo conocer mejor diferentes contextos históricos y el papel de los sujetos (femeninos, en este caso) en ellos. Se trata, tan solo, de un par de ejemplos notorios que, no obstante, podrían multiplicarse. Como resumían recientemente António Costa Pinto y Aristotle Kallis (2014) —sociólogo el primero, historiador político el segundo— los conceptos analíticos necesitan de la recontextualización. Desde ahí, desde ese doble ejercicio tan propio de la sociología histórica en el que las categorías analíticas nos sirven de mapa para, a su vez, poder ser perfeccionadas a tenor de la realidad hallada y convertirse en mejores brújulas para las exploraciones futuras, probablemente es como puedan fortalecerse las mejores capacidades de nuestra disciplina sociológica.

UNA SOCIOLOGÍA DE LARGA DURACIÓN

Como planteábamos al inicio de estas páginas, un segundo argumento en favor de la sociología histórica reside en la permanencia y constancia de sus temas de estudio clásicos, unas realidades que siguen interrogándonos como científicos sociales desde una urgencia que necesita de la historia.

Nos damos cuenta de que reivindicar, como aquí hacemos, el ejercicio de la sociología histórica como forma de sociología alternativa no deja de entrar en conflicto con lo sustantivo de nuestra defensa, pues

seguramente es en su ámbito donde más validez y alcance tiene la tesis de la presencia perenne de los autores clásicos de nuestra ciencia social, tanto en el desarrollo de la disciplina como en su renovación paradigmática. Con esto no queremos decir que adolezca esta rama en mayor medida que las otras especialidades del pluralismo paradigmático, la ausencia de consensos teóricos firmes o de los problemas de acumulación de los conocimientos que su ejercicio nos procura y que regularmente cuestionan el estatuto científico de la disciplina. La sociología histórica, en fin, también avanza. No nos referimos ahora, por no insistir, a la dimensión histórica de la sociología clásica apuntada al inicio de este artículo, sino al modo en que la agenda de toda sociología ‘no obvia’ —por utilizar la expresión de Randall Collins— acaba, o eso nos dice la experiencia, volviendo la mirada hacia los clásicos, es decir, que podemos también trasladar la cuestión desde la teoría hacia la práctica.

Es por eso por lo que, en cuanto tal subdisciplina, la sociología histórica se fundó en un proyecto de refutación de las primeras grandes síntesis (Parsons) con el propósito transparente de enunciar síntesis nuevas o, como mínimo, de volver a traer a nuestro tiempo lo que de valioso había en los clásicos y, sin embargo, se había estado omitiendo. Así lo sancionaron en un volumen de mucha importancia programática y no menos repercusión teórica los autores —principalmente autoras— de la que hoy conocemos como ‘segunda ola’ de la sociología histórica, *Vision and Method in Historical Sociology* (1984), editado por Theda Skocpol, a su vez, una de las protagonistas de la ola en cuestión. El libro daba cuenta del progreso de esta nueva perspectiva histórica durante las dos décadas anteriores, es decir, desde que viera la luz como libro la tesis doctoral de Charles Tilly sobre la guerra de la Vendée (1964), o desde la publicación del ya entonces convertido en clásico *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, de Barrington Moore (1966), o del propio libro de Skocpol sobre *El Estado y las revoluciones sociales* (1979). Allí lo novedoso no era sólo la relectura (Weber) o recuperación (Marx, Tocqueville) de la sociología clásica en sus fundamentos teóricos y la vuelta de la mirada hacia los

historiadores de los *Annales* como Bloch y Braudel o hacia la tradición británica de historia social (E. P. Thompson), sino *la orientación de sus temas de estudio hacia cuestiones propias de la sociología clásica*, a saber: la formación histórica de los Estados nacionales, el desarrollo y expansión capitalista o las revoluciones sociales y políticas estudiadas como procesos de larga duración.

La influencia de aquel programa de investigación y su propuesta de renovación teórica, que sería ambiciosa en casos como el del Tilly de *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* (1985), fue mucha, aunque el alcance de su onda expansiva fue, visto en perspectiva, más limitado. Sirvió para consolidar institucionalmente la sociología histórica como subdisciplina en el mundo académico estadounidense, pero no más allá. Fuera de las universidades americanas estimuló algo más a los historiadores que a los sociólogos y dentro de las universidades americanas sus formulaciones más radicales no alcanzaron una posición dominante ni en la sociología ni, a pesar de sus temas de estudio predilectos, en la ciencia política. La excepción ha estado en otra especialidad, la sociología política, donde el impacto teórico fue mayor y donde las obras de, entre otros, Tilly o Margaret Somers siguen siendo hoy foco de atención y orientan una parte sustancial de la investigación empírica, si bien, de nuevo, en campos cada vez más específicos, como el de los estudios sobre ciudadanía, los movimientos sociales o la protesta y la violencia política. Agotada la década de los ochenta, la voluntad de aquel proyecto de renovación paradigmática languideció.

La ingenua felicidad de los noventa hizo el resto. Hacer sociología de orientación histórica después del fin de la historia no parecía un buen negocio. ¿Procesos de formación de los Estados nacionales? Una preocupación residual en la *era global*, donde el Estado es una estructura política superada; ¿Procesos de desarrollo y expansión histórica del capitalismo? Una preocupación residual ante el reto de pensar el capitalismo global; ¿Revoluciones? En fin...

Pero hay realidades, aun construidas por unos y deconstruidas por otros, bastante tercas. Durante los primeros años del nuevo siglo, es decir, inmediatamente después del 11-S, una nueva generación de

académicos del campo de la sociología histórica norteamericana se conjuró para poner las ideas en orden aprovechando el viento de cola del nuevo desorden mundial. Entre ellos estaban George Steinmetz, Richard Biernacki o Julia Adams junto a algún nombre de la vieja guardia, como Margaret Somers. En el libro resultante, *Remaking Modernity. Politics, History and Sociology* (Adams, Clemens y Orloff 2005), tratan de conciliar el legado intelectual de la segunda ola con la agenda de investigación y las preocupaciones teóricas de finales del siglo XX: análisis de redes, análisis institucional, elección racional, teoría feminista y poscolonial. Su diagnóstico sobre el estado del arte de la sociología histórica venía a señalar el contraste entre una notable convergencia en cuanto la preocupación por procesos históricos concretos y una divergencia aún mayor sobre los marcos teóricos desde los que pensarlos. En ese contexto, llamaban a “rehacer la modernidad, es decir, criticar y reconstruir las categorías modernas que han sostenido la sociología histórica hasta hoy” (Ibid., p. 3). Dos años antes, en el epílogo a un libro de vocación similar, *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences* (Mahoney y Rueschemeyer 2003), Theda Skocpol volvía por sus fueros. En defensa del método, atacaba con juicio severo las consecuencias perversas del giro cultural y el hipercuantitativismo dominante de los teóricos de la elección racional “que desprecian los estudios en perspectiva histórica comparada como simples historias narrativas” (Skocpol 2003: 414).

Leyendo estos libros diez años después, sentimos una extraña forma de nostalgia de su propio desconcierto. Los efectos de la crisis financiera internacional, la emergencia de una reacción en busca de un improbable repliegue nacional y el estallido de una oleada de procesos revolucionarios en varios países árabes aún lejos de concluir (predicción esta, dicho sea de paso, que se deriva de las enseñanzas de la sociología histórica) no solo han devuelto a la perspectiva histórica a un primer plano, sino que están impulsando un giro clásico que, en nuestra opinión y de momento, se intuye más que se manifiesta, pues asoma desde las costuras de las sociologías dominantes. Es en este contexto en el que nos permitimos especular con una sociología

histórica de inspiración clásica tan pasada de moda como los problemas de la realidad social sobre los que piensa, es decir, los que hoy nos acucian.

Desde posiciones relativamente marginales, asoman intentos por volver a pensar el concepto de clase social –cuyo progresivo abandono por las ciencias sociales discurre directamente proporcional al crecimiento mundial de la desigualdad social (Rhombert 2013: 118)– a través del estudio de su proceso de formación apoyado en la ambición comparatista y el acopio de material empírico en términos de detalle histórico y narración densa. Sin ánimo de ofrecer ahora una relación exhaustiva de estos indicios, valgan como ejemplo el vigor con el que se vuelven a manejar conceptos como el de “configuración” (Elias) aplicado al análisis de las primaveras árabes (Bozaslan 2012), o el de “patrimonialismo” (Weber) aplicado al análisis de las redes de criminalidad internacional (Collins 2011).

La sociología clásica, que es histórica, vuelve siempre. Y no porque haya vuelto la historia sino porque, como decía Carlos Moya, la historia nunca vuelve: está presente.

POR EL MOMENTO

La sociología y la historia han mantenido una relación discontinua y una discusión permanente. También, a veces, se han encontrado sin querer reconocerlo o sin querer reconocerse. Hemos defendido que en su origen la sociología fue histórica. Defendemos también que se ha engañado a sí misma cada vez que ha pretendido dejar de serlo. Otras veces, claro, lo que se ha pretendido es engañar a los demás, pero ese es otro debate.

Cada vez que la sociología ha mirado atrás, hacia sus propios fundamentos, buscando maneras nuevas de plantear las viejas preguntas con que una y otra vez la realidad nos interpela, se ha visto obligada a recuperar su mirada histórica. Ciencia del cambio social, su objeto se piensa en el tiempo y su teoría y método, sus conceptos, son pensados desde su misma temporalidad fundamental.

En los últimos (ya bastantes) años, los historiadores e historiadoras han mantenido una actitud

más abierta al diálogo interdisciplinar, más integradora. La actitud de los sociólogos y las sociólogas no lo ha sido tanto. A pesar de ello, la sociología histórica se ha consolidado como especialidad, principalmente en el ámbito académico anglosajón. Está institucionalizada. Es reconocida dentro de la comunidad sociológica internacional.

Pero en el caso español no se puede decir lo mismo. Aquí la sociología histórica se cultiva poco. Hubo, en los años ochenta, un intento de recepción importante. Más que un intento: la sociología histórica durante aquellos años se tradujo, editó, leyó y comentó en los departamentos de sociología y en las facultades de historia de las universidades españolas. Ya no se hace. No está recogida en los planes de estudio, ni tiene grupo de trabajo propio en la Federación. Desde hace unos pocos años existe una revista, *Sociología Histórica*, que se edita en la Universidad de Murcia y que, con dificultades, se está consolidando. En el consejo editorial, del que las autoras y el autor de este artículo formamos parte, hemos comprobado tanto el interés que la orientación de la publicación despierta como la singular manera en que se manifiestan los recelos enquistados entre ambas disciplinas. Basta con comparar las evaluaciones que de un mismo artículo original recibimos en función de la profesión del evaluador o evaluadora que la emite. Esperamos que esta situación cambie y podamos ponernos al día mirando un poco más hacia el pasado.

REFERENCIAS CITADAS

- ABRAMS, P. (1982), *Historical Sociology*. Nueva York, Cornell University Press.
- ADAMS, J., CLEMENS, E. y ORLOFF, A. S. eds. (2005): *Remaking Modernity: Politics, History, and Sociology*. Durham, Duke University Press.
- ARIÑO, A. (1995): “Más allá de la Sociología Histórica”, *Política y Sociedad*, 18: 15-28.
- BOZARSLAN, H. (2012): “Reflexiones acerca de las configuraciones revolucionarias en Túnez y Egipto”, *Sociología Histórica*, 1: 55-67.
- BRYANT, J. (1994): “Evidence and Explanation in History and Sociology: Critical Reflections on

- Goldthorpes's Critique of Historical Sociology", *The British Journal of Sociology*, 45 (1): 3-19.
- BURKE, P. (2010), *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona, Paidós.
- CALHOUN, C. (2003): "Afterword: Why Historical Sociology?", en G. Delanty y E. F. Isin (eds.), *Handbook of Historical Sociology*. Londres, SAGE: pp. 383-394.
- CASANOVA, J. (1996): "La Sociología Histórica en España", *Historia, Antropología y fuentes orales*, 16: 61-73.
- COLLINS, R. (2011): "Patrimonial Alliances and Failures of State Penetration: A Historical Dynamic of Crime, Corruption, Gangs, and Mafias", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 636: 16-31.
- COSTA PINTO, A. y KALLIS, A. (2014), "Introduction", en *Rethinking Fascism and Dictatorship in Europe*. London, Palgrave MacMillan: pp. 13-41.
- EATWELL, R. (2015): "The Nature of 'Generic Fascism': Complexity and Reflexive Hybridity". En A. Costa Pinto y A. Kallis, (eds.), *Rethinking Fascism and Dictatorship in Europe*. London, Palgrave: pp. 67-86.
- ELIAS, N. (1987): "The Retreat of Sociology into the Present", *Theory, Culture & Society*, 4: 223-247.
- GIDDENS, A. (1979), *Central problems in Social Theory*. Londres, Palgrave MacMillan.
- GOLDTHORPE, J. (1991): "The uses of history in Sociology: reflections on some recent tendencies", *The British Journal of Sociology*, 42: 211-230.
- HOBBSBAWM, E. (1998), *Sobre la Historia*. Barcelona, Crítica.
- KALYVAS, S. (2010), *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Madrid, Akal.
- KISSANE, B. (2016), *Nations Torn Asunder: The Challenge of Civil War*. Londres, Oxford University Press.
- MAHONEY, J. y RUESCHEMEYER, D. eds. (2003): *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*. New York, Cambridge University Press.
- MARTYKÁNOVÁ, D. y PEYROU, F. (2014): "La historia transnacional", *Ayer*, 94(2).
- MOYA, C. (1970), *Sociólogos y Sociología*. Madrid, Siglo XXI.
- RAMOS TORRE, R. (1993): "Problemas textuales y metodológicos de la Sociología Histórica", *REIS*, 63: 7-28.
- RAMOS TORRE, R. (1995): "En los márgenes de la Sociología Histórica: una aproximación a la disputa entre la Sociología y la Historia", *Política y Sociedad*, 18: 29-44.
- RAMOS TORRE, R., CHAMA, M., y GONZÁLEZ CANOSA, M. (2016): "Reflexiones sobre sociología, historia y tiempo. Entrevista a Ramón Ramos Torre", *Sociohistórica*, 37.
- RHOMBERG, C. (2013): "Clase y acción colectiva: escribir historias sobre actores y eventos", *Sociología Histórica*, 3: 117-144.
- RODRIGO, J., ALEGRE, D. Y ALONSO, M. (2017), *Europa desgarrada. Guerra, ocupación y violencia (1900-1950)*. Zaragoza, PUZ.
- SKOCPOL, T. (1987): "Social History and Historical Sociology: Contrasts and Complementarities", *Social Science History*, 11/1: 17-30.
- SKOCPOL, T. (2003): "Doubly engaged social science: the promise of comparative historical analysis", en J. Mahoney y D. Rueschemeyer (eds.), *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*. New York, Cambridge University Press, pp. 407-428.
- STEINMETZ, G. (2007): "The Relations between Sociology and History in the United States: The Current State of Affairs", *Journal of Historical Sociology*, 20(1/2): 1-12.
- SZTOMPKA, P. (1995), *Sociología del cambio social*. Madrid, Alianza Editorial.
- TILLY, C. (1985), *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid, Alianza Editorial.
- WRIGHT MILLS, C. (1981), *La imaginación sociológica*. México, F.C.E.
- ZARET, D. (1980): "From Weber to Parsons and Schutz: The Eclipse of History in Modern Social Theory", *American Journal of Sociology*, 85 (5): 1180-1201.